

Lunes 7 de Noviembre de 2005

Publicado on line en <http://www.ub.es/histodidactica/>

CONTRA LA MEMORIA HISTORICA

Javier Paniagua (CONFIDENCIAS)

Me opongo a la memoria histórica planteada en términos de militancia intelectual. Tal vez tire piedras sobre mi actividad profesional porque el Estado me ha capacitado para investigar y explicar el pasado, pagándome puntualmente por ello. No creo que ocurra igual en países subsaharianos, pero vivimos al otro lado de la verja y eso nos permite disfrutar de aceptables condiciones de vida, al menos para una clase media, que aún con rentas dispares, mantiene el ritmo de la sociedad española.

En nada contribuye al sosiego y la armonía social conocer muchos datos históricos. Todo está mediatizado por el tamiz de nuestro marco conceptual-emotivo, y si no, caemos en la frivolidad de una nostalgia de parques temáticos. Así ha ocurrido con la celebración de la batalla de Trafalgar de hace 200 años -¿qué dirían los hijos y viudas, si vivieran ahora, de aquellos marineros muertos, sobre la glorificación de una batalla que costó tantas vidas?-. En cambio nos afectamos si se trata de recordar hechos de un pasado que, aunque lejano, todavía incide en la vida de los recuerdos familiares. Porque están ahí, metido debajo del asfalto de nuestras calles, en las cunetas de muchas carreteras, en las fotografías de padres, madres abuelo/a o bisabuelo/a que fueron fusilados o encarcelados en cualquiera de los bandos de aquella guerra civil por la que somos conocidos en los libros de historia que estudian los alumnos de secundaria en la mayoría de los países donde existe tal asignatura. Y aún así estudian poco más que generalidades de aquella contienda, y referencias a la transición después de la muerte de Franco cuando recuperamos las libertades ¿Acaso

sabemos, por ejemplo, nosotros más de la historia húngara? O se hace justicia en el momento de los hechos, o el recuerdo no sirve más que para el lamento.

Si, ya sé que aludirán al axioma de que los países que olvidan su historia están condenados a repetirla, pero tal aserto es una falacia indemostrable. Recordamos lo que queremos o lo que nos interesa, o sentimos temor o alegría del pasado, siempre desbordado por el presente, que es lo único que existe. Como nos enseña **Sabald** en su esplendida novela, *Vértigo*, el recuerdo está siempre tamizado por los grabados de los acontecimientos, o lo que es lo mismo, por nuestro marco intelectual y emocional. Nunca las cosas fueron realmente como la recordamos. Y si los historiadores utilizamos documentos para objetivar el pasado buceando en archivos polvorientos, al abordar un tema en el que de algún modo estamos implicados, resultara difícil desprenderse de connotaciones interpretativas ideológico-emocionales. La tarea del historiador debe tender al anonimato, como la del físico.

Es en las Universidades donde los investigadores y profesores debaten e interpretan los hechos históricos, que tendrán menos carga emocional cuanto más lejano estén en el tiempo (nadie discute ideológicamente sobre el hombre de Atapuerca). Aún estamos lamentándonos de la derrota de Almansa. ¿Y que conseguimos? Argumentarios para nuestras ideas previas. Empiezo a creer que la memoria histórica deviene en reaccionaria, que desde **Heidegger** hasta **Jung**, pasando por **Ortega**, la han convertido en la base de nuestra identidad humana. Falso. Cuánto más olvidemos, más libre somos, más comprendemos al otro, más universales e independientes. El relato histórico casi siempre nos remite de soslayo al presente. En todo caso, sirve para cubrir nuestro ocio en revistas de divulgación, lo que es bueno para la Cultura y justifica el trabajo de los investigadores. Pero nada más.